

El orden internacional a fines del siglo XX

Introducción

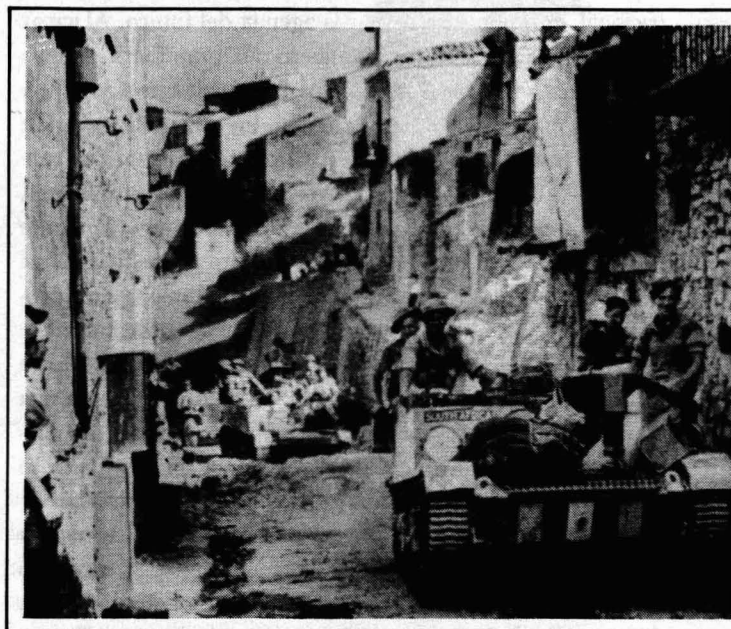
Los grandes cambios ocurridos a nivel internacional, principalmente aquellos relacionados con el mundo socialista, como son la Perestroika soviética y la desintegración del bloque socialista han conducido a muchos analistas a adelantar conclusiones que con el tiempo pueden resultar juicios prematuros o apresurados. Por ejemplo, hoy día se dice con frecuencia que tanto la bipolaridad como la guerra fría han terminado. Algunos han ido tan lejos como para aseverar que estamos asistiendo al fin de la historia, queriendo significar con ello que las confrontaciones político-ideológicas ya no habrán de existir en el futuro.

Habría que empezar por aclarar que guerra fría y bipolaridad son cosas distintas y que si bien la primera ha terminado, la segunda tiene su fundamento en tres tipos de factores: económico, político y militar y que independientemente de lo que haya sucedido con relación a los dos primeros, el mundo sigue siendo bipolar para efectos militares de tipo nuclear.

Otra conclusión que parece apresurada —fundamentalmente para el corto plazo— es la de que terminadas la bipolaridad y la guerra fría, el mundo transitará alegremente hacia un concierto multipolar en el que cada país podrá actuar conforme a su libre albedrío. A juzgar por lo que se ha visto con la guerra del Golfo Pérsico, la bipolaridad ha cedido el paso más bien, al menos para el corto plazo, a una hegemonía norteamericana.

A la luz de los sucesos contradictorios de hoy día, sería más prudente arribar a una conclusión provisional: el mundo político en el que actualmente nos movemos es un mundo en transición hacia un nuevo tipo de estructura que no sabemos todavía con seguridad cómo será.

Por ejemplo, si bien la bipolaridad económica ha terminado, cabe preguntar qué es lo que habrá de sustituirla: ¿una verdadera globalización de la economía o el surgimiento de bloques regionales? Lo que parece cierto y seguro es que una multipolaridad económica basada en países aislados ya no es realista. También es cierto que las tendencias del momento apuntan hacia la creación de bloques comerciales, en detrimento del libre comercio a nivel mundial, como lo predica el Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles (GATT). Sin embargo, habrá que aguardar a la Ronda Uruguay para ver si esas tendencias se confirman.



Por otra parte tampoco se puede tener seguridad plena acerca de lo que va a ocurrir a mediano plazo en el terreno político. La Unión Soviética parece haber perdido voluntad de mantenerse en la competencia política a escala global a pesar de su poderío militar. El Japón es hoy día el líder mundial en materia económica, pero no está preparado aún, ni mental ni moralmente, para asumir un liderazgo político a nivel global. La Comunidad Europea empieza apenas, a pesar de su fuerza económica, a desarrollar un mínimo consenso en materia política a nivel comunitario. De aquí que su fuerza como comunidad integrada, o en otras palabras, su peso específico real en materia de política internacional, esté todavía por verse.

En virtud de lo anterior, parece que solamente queda Estados Unidos como único candidato viable al liderazgo mundial de hoy día. Esto es aún más realista a la luz de dos fenómenos recientes: la retirada de la Unión Soviética de la competencia política a nivel mundial y la contundente y rápida victoria de los Estados Unidos en la guerra del Golfo Pérsico. Estos hechos han llevado a concluir a ciertos observadores que asistimos hoy día a una nueva y más contundente hegemonía mundial de los Estados Unidos, algo que algunos observadores han dado en llamar “unipolaridad”.

Esto parece ser totalmente cierto por ahora. No obstante, es probable que esta sea una situación que no logre perdurar por mucho tiempo. Estados Unidos no cuenta con el respaldo económico suficiente que le permita mantener en el futuro el mismo grado de liderazgo que pudo ejercer durante la mayor parte de la posguerra. Sin embargo, es posible concluir que estamos entrando hoy día a un periodo en que la política internacional se habrá de guiar, no exclusivamente, pero sí principalmente por los criterios norteamericanos, o sea una especie de "Pax Americana" ampliada y renovada. Lo que es difícil discernir por ahora, es cuán largo será este nuevo periodo de "Pax Americana" ampliada.

Pero lo que fundamentalmente está en juego hoy día desde el punto de vista de la conformación de un nuevo orden internacional, es quién va a definir la agenda del futuro. Al ganar la guerra fría, Estados Unidos liberó una gran fuerza: fuerza de carácter material e ideológico. Esta fuerza está intacta y lista para emprender nuevas cruzadas. En otras palabras, gran parte del esfuerzo que Estados Unidos empleaba en confrontar a la Unión Soviética en términos económicos, militares, ideológicos y políticos, ha quedado sin enemigo al frente después de la retirada soviética. No tiene ya razón de ser. Casi repentinamente, todo un aparato militar, de espionaje, de propaganda, de cooperación económica, o sea un gran andamiaje diseñado para una política exterior de confrontación con otra gran potencia ha quedado obsoleto. Es natural que ante esta situación aquellos responsables de todo este aparato no quieran resignarse fácilmente a admitir su inutilidad y por lo tanto seguramente estarán dispuestos a apoyar nuevas cruzadas.

Ahora bien, muchos de los problemas de la nueva agenda ya existían. Lo que sucede es que, ante un mundo preocupado fundamentalmente por la seguridad internacional, definida ésta en términos casi estrictamente económicos y militares, estos otros asuntos habían quedado relegados a un segundo plano. Preocupadas las grandes potencias, principalmente Estados Unidos, por los problemas derivados de la confronta-

ción Este-Oeste, de su propia seguridad y de la subversión de los países periféricos, los otros asuntos habían quedado relegados a un segundo plano.

Hoy día la situación es distinta. La agenda internacional se está revisando y cambia de los problemas estratégicos de la guerra fría hacia los llamados asuntos globales. Entre los nuevos puntos de la agenda se cuentan los problemas del medio ambiente, como son el calentamiento del globo terráqueo, la conservación de selvas y bosques, la protección de especies de flora y fauna; los de salud pública, como son las drogas y el Sida; los de derechos humanos y políticos, como son la protección a minorías, reos y disidentes y la limpieza de los procesos electorales.

Dada la actual estructura política internacional, basada en la afirmación del poder de un solo contendiente, el problema principal para los países en desarrollo, y en nuestro caso para los de América Latina, es la de cómo influir en la conformación de la nueva agenda.

Por ejemplo, hay una tendencia a culpar a los países pobres por el calentamiento del globo terráqueo. La asociación entre pobreza y daños a la ecología es casi automática. Se dice con frecuencia que la economía de subsistencia emplea estrategias de producción que crean problemas en el ambiente y que a más de generar mayor pobreza, producen daños a nivel global tales como el efecto invernadero. No cabe duda que esto es verdad, pero también lo es el hecho de que son los países industriales con su enorme planta vehicular y sus grandes fábricas quienes mayores daños han causado al medio ambiente. Por otra parte, la guerra del Golfo Pérsico y el incendio de los pozos petroleros que causó, produjeron en unas cuantas semanas más daños ecológicos de los que todos los países en desarrollo pudieron producir conjuntamente en años.

Un verdadero orden internacional requiere del principio de la corresponsabilidad para obtener la legitimidad que da el consenso. De otra suerte debemos hablar más bien de un sistema internacional hegemónico más que de un nuevo orden internacional.

Se ha generado un consenso, con relación a los problemas ecológicos, en el sentido de que el futuro de la humanidad depende de la posibilidad de encontrar una fórmula práctica para aplicar el nuevo concepto de desarrollo sustentable. En otras palabras, encontrar la fórmula para una estrategia de crecimiento económico que, al tiempo que dé satisfacción a las necesidades de los habitantes del presente, no hipoteque para las futuras generaciones los recursos naturales y la calidad del medio ambiente.

Sin embargo, la aplicación de un proyecto de tal naturaleza, a escala mundial, sólo sería posible con base en la cooperación de todos los países industrializados. Si Estados Unidos cuenta con los requisitos para el liderazgo político y el Japón, por su lado, para el liderazgo económico y si por otra parte no existe ninguna rivalidad profunda que los separe, lo lógico sería que unieran sus fuerzas para la ejecución de este proyecto.

Esta asociación entre el poder político y el poder económico daría formalidad a una realidad presente y sin duda sentaría las bases para un nuevo y verdadero orden internacional. ◇

